

REPUESTOS, REPUESTOS

Carlos D. J. Vázquez

El Mundo Real ya no lo es

Cibermundo Unlimited

Agazapado junto a la viga, esperó oculto entre las largas sombras de las chimeneas. Tenía los miembros entumecidos y el frío comenzaba a calarle los huesos. Encendió el protector térmico del traje y unos segundos después se sentía mucho más cómodo, reconfortado. La luna, detrás del humo y las nubes, lo espiaba desde un charquito olvidado por la última lluvia.

Transcurrieron tres horas antes de que pasara algo. Una sombra abrió la puerta que daba a la escalera del edificio y con tranquilidad se dirigió al pequeño vehículo que lo esperaba levitando unos metros sobre la azotea. La esfera luminiscente que llevaba en sus manos alcanzaba a acariciar su rostro con un brillo espectral. El siguió esperando, conteniendo la respiración para no delatarse. Cuando ese alguien estuvo lo suficientemente cerca, disparó. La descarga envolvió al ladrón, que se sacudió espasmódicamente hasta quedar inmovilizado.

Avanzó y le quitó la esfera. En su interior había lo suficiente como para vaciar la bitloteca. Buscó entre las ropas del ratero. Ninguna documentación, ninguna marca especial. Sólo sus manos de cuatro dedos indicaban que se trataba de un Leechee. Habían evolucionado muchísimo desde su primitiva forma de muy pocas instrucciones, y ya casi no se los podía distinguir de las réplicas virtuales de los humanos. Con un tiro certero en el medio de la frente decidió que este ya no molestaría, ni volvería a reproducirse.

Cuando le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la escalera, sintió el tenue pitido, casi imperceptible, y lo reconoció al instante. Corrió hacia el cadáver y manoteó su muñeca. No tenía nada. Giró la mano y encontró la cosa. El artefacto palpitaba lentamente en la palma como un ojo asombrado, titilando al ritmo del sonido. Conseguiría un buen precio por él... si lograba desactivarlo. Intentó sacárselo pero fue imposible, las conexiones lo aferraban a la piel y lo ligaban a ella como una sola cosa. Sin perder tiempo, tomó su navaja y mutiló la mano. Ningún cambio. Corrió hacia la escalera. Entró, trabó la puerta con todas sus fuerzas y huyó escalones abajo tratando de refugiarse. La explosión, algunos segundos después, voló el acceso y lo arrojó contra la pared opuesta, a la misma altura donde había estado hacia sólo un par de segundos, rebotando y cayendo sobre sus espaldas. Estuvo un momento tirado, luego reaccionó y comenzó a quitarse los escombros de encima. Se paró, pero su inestabilidad lo tiró nuevamente sobre los escalones. Tardó un buen rato en recuperar el equilibrio, y los oídos seguían zumbándole alocadamente. Se había golpeado la cabeza contra los peldaños por cubrir la bola con ambos brazos, y ahora la cabeza le

latía al ritmo del corazón bombeante. Tenía un corto y profundo tajo sobre la ceja izquierda, del que manaba un pequeño pero constante hilito de sangre. Suspiró y bufó, pensando que quizá se arriesgaba demasiado. Pero no. Lo hacía por Ella, nada más que por Ella. Era la única que lo hacía sentir entero. Y eso justificaba cualquier sacrificio. Debía demostrarle que podía lograr cuanto quisiese.

Bajó el resto de la escalera apoyándose en la pared, apenas visible bajo el brillo de la esfera, la que -notó- le brindaba cierta seguridad. Conseguiría una buena recompensa por el rescate.

Ingresó a la sala oscura, tratando de encontrar el interruptor de la luz o la puerta de salida. Pero no le dieron tiempo.

Alguien pateó la puerta de entrada a la sala.

- ¡No se mueva! - gritó. Vestía el mameluco gris sin costuras ni aberturas del Comando Antivirus. El sólo atinó a levantar la vista y ver al guardia de seguridad que le apuntaba. Trató de ponerse a salvo y proteger la esfera, pero el disparo se le clavó en la frente.

Haz lo que más te Gusta

Cibermundo Unlimited

Jano Standup se sacó las lentes y los sensores con el único brazo que le respondía. Se sintió molesto, terriblemente molesto. Era la tercera vez que le pasaba, y no podía permitirselo. Debía aprovechar al máximo lo que el cibermundo le ofrecía. Ahora la habitación se sentía sofocante, sucia y oscura. Angustiante. Entonces desconectó la consola y oprimió el joystick de la silla con la seguridad que su mano buena le proporcionaba. Luego de quince horas sin salir de la máquina se sentía vacío, hambriento y con una sed abrasadora.

Abrió el refrigerador para sacar algo que comer, y sólo encontró un trozo de queso viejo y pan en rebanadas. Tendría que conformarse con el agua de la canilla, tibia, arenosa y con gusto a lavandina. Había olvidado hacer los mandados de la semana. Es que el mundo verdadero le llevaba tanto, tanto tiempo... También había descuidado el engrase de las ruedas, rechinaban demasiado. ¡Qué fastidio, tener que gastar tanto dinero en cosas materiales cuando debería comprar otro bitlocuerpo! Pero debía hacerlo, necesitaba ambas cosas para sobrevivir.

Bebió largos sorbos directamente del grifo, sin darle importancia al sabor del agua, y comió un par de bocados. Allí mismo inclinó la silla y durmió algún tiempo, tratando de recuperar fuerzas.

Antes dormir le daba miedo. Había un sueño que se repetía casi siempre. Una y otra vez soñaba con su cuerpo lúcido, respondiendo a su pedido de movimientos, corriendo a lo largo y a lo ancho de una vasta pradera. El sol brillaba y se ocultaba de a ratos, cediéndole paso a una fina llovizna que refrescaba su cuerpo sudado. Y él saltaba, corría y hacía cabriolas, colmado de dicha. Hasta que el cielo se encapotaba, tenebroso, y unas garras se le clavaban en los tobillos y lo sujetaban, tirándolo al piso para que otras garras saliesen de la tierra y lo aferrasen dejándolo inmóvil. Y llegaba el

verdugo con su capucha negra de mueca ¡JA JA JA! bordada y su enorme hacha brillante ¡NO POR FAVOR POR FAVOR NO POR FAVOR NO! que caía una y otra vez entre las risas del gigante y su imploración sin sentido, con las gotas de su sangre que teñían el cielo de nubes carmesí, quitándole lo que tanto apreciaba, marchándose alegremente con su botín no sin antes comerse ante sus ojos su brazo verdaderamente vivo.

Despertaba sudoroso, agitado, con las lágrimas viajando sin sentido por su torso inerte. Y se daba cuenta que lo que más le sacudía no eran los golpes del verdugo, sino la entrañable imagen de su cuerpo sano, activo, sensible. Intacto.

La tercera vez que se repitió el sueño había intentado una locura, clavándose cuchillos en varias partes, haciendo fuerzas con su única mano para rasparle al hueso alguna sensación. Y fue como cortar una enorme y ajena res. La mujer que hacía la limpieza lo halló cuando apenas había perdido la conciencia, casi desangrado, empapado en rojo.

Una fría cirugía de emergencia recuperó tejidos y tendones, salvándole la vida con su lógica insana. Un juez lo condenó a un manicomio, y la terapia lo conectó con el mundo virtual, aprendiendo a sentir propio un cuerpo programado. El verdugo jamás volvió a presentarse; ahora soñaba con soles de neón, vivía en praderas de electrones.

Súbete al Mundo Moderno

Cibermundo Unlimited

Al despertar revisó el nivel de mugre de su silla. Estaba completísimo, lleno de excrementos y orín. Debería ser un poco más cuidadoso y calcular el tiempo que le llevaba atiborrar el receptáculo. Aunque ya habían pasado años no terminaba de acostumbrarse a no sentir nada del cuello hacia abajo, salvo -gracias a quien sabe qué- el brazo. Con mal humor fue hasta el baño, se acomodó sobre la letrina modificada y programó la descarga y limpieza del recipiente. Decidió que no debía sentirse tan molesto, después de todo era mejor que andar revisándose los pañales a cada rato.

Volvió a la máquina, la encendió y se conectó. Revisó su cuenta bancaria y notó que sólo contaba con algunas chirolas. Lo importante era conseguir dinero, y a cualquier precio. Vendería su cuerpo si era necesario para poder estar con Ella, la necesitaba tanto como salir de esta realidad de pesadilla. Buscó entonces en la bolsa de ofertas. Lo hizo durante horas, revisando en los bancos de órganos de la ciudad y de las ciudades cercanas. A la madrugada encontró lo que buscaba:

COMPRA: Pierna derecha blanca, largo entre ochenta y cinco y noventa y cinco centímetros, sin fracturas ni problemas físicos importantes, completa. Muy buena paga. Instituto Privado de Traumatología y Ortopedia.

Apresurado, ordenó a la consola que se conectase lo más rápidamente posible. Debía lograrlo, nadie debería ganarle de mano y quitarle su salvación inmediata. Buen dinero, el Instituto siempre pagaba muy bien las piezas de recambio. Había gente que podía darse esos lujos.

El paisaje automático que aparecía en el visor cada vez que hacía un llamado se difuminó y cedió paso a un corto pasillo. Al final, una puerta transparente dejaba ver la elegante oficina. Para ponerse a tono, tomó la forma de un hombre alto, vestido con un moderno traje de aire distinguido. Esta apariencia le saldría algo más cara que la término medio, pero tenía la corazonada de que esta vez todo marcharía a la perfección. Sí, así sería. Al entrar, tras un refinado escritorio oval de madera oscura, la bella recepcionista le dirigió la mirada.

- ¿Señor? preguntó ésta, inclinándose en su dirección con un mohín que mostraba sensualidad y cortesía.

Intentó en vano parecer seguro.

- Vengo... vengo por el aviso.

- Ah... ¿Cuál de todos? - preguntó la hermosura.

- El de la pierna - contestó -. La pierna derecha.

La mujer cambió de semblante, mirándolo de la cabeza hasta los pies.

- Usted no parece el tipo de persona que necesite vender sus miembros - dijo en tono de burla.

El la miró, pensando que su bello rostro y sus senos opulentos tampoco deberían responder a su físico real, aunque seguramente esta imagen virtual era tan coqueta y quisquillosa como la de carne y huesos. Decidió no decir nada, admirando el escote y el relieve de los pezones que se dejaban ver tras la fina seda de la blusa.

- No es para mí - explicó sonriente, tratando de demostrar que lo anterior no había hecho mella en él -. Es para un amigo que no puede comunicarse.

Ella se irguió en su asiento, ofuscada.

- Vea, señor - dijo tras una seca sonrisa -. Lamento decirle que las ofertas sólo se tratan con el interesado, sin intermediarios. Si su amigo no puede comunicarse con nosotros, déjenos su dirección o su número de terminal, hablaremos con él cara a cara en caso de necesitarlo.

Presionó un botón en el pequeño tablero y le extendió un lápiz óptico.

Jano tomó el lápiz y observó el formulario que apareció en la simulada superficie del escritorio.

- No... Creo... Creo que me he expresado mal - se disculpó, turbado.

Ella levantó su cabeza y lo miró con sorna.

- Yo... Yo soy el interesado.

- Está bien - suspiró tras una mueca -. Ve, debe presentarse personalmente en el Instituto para ver en qué estado se encuentra el miembro requerido. Hoy miércoles, alrededor de las ocho de la mañana y en ayunas. Y ahora, llene esto.

Apretó otro botón y el formulario de la pantalla cambió al instante.

Jano llenó los datos y se despidió.

- Gracias. Hasta luego.

La hermosa señorita ya estaba observando su cabello en el espejo de mano.

Volvió a quitarse los sensores y las antiparras. Su corazón redoblaba como una batería furiosa. Agradecía tanto haber pensado en el gimnasio automático, así que después de todo no había sido una mala inversión cuidar de su cuerpo aunque a él no le sirviese para nada. Contento, se dirigió hacia el aparato, se puso en posición y presionó el botón verde. El brazo neumático lo levantó con suavidad y lo acomodó sobre el mullido bastidor. Automáticamente, la maquinaria comenzó con los masajes y los movimientos. El conectó la sonda a su costado y acomodó el casquete sobre su cabeza. Mientras su cuerpo se sometía a diálisis y hacía ejercicio, él dormiría otra siesta.

Disfruta tu Estilo

Cibermundo Unlimited

Cuando se presentó en el Instituto Privado de Traumatología y Ortopedia vio que no era el único en responder el aviso. Y notó que llevaba todas las de perder. El primero era un viejo bastante mayorcito de edad, demasiado para andar ofreciendo partes. Por eso éste no era el problema. Había otro, un atlético muchacho de entre veinte y veinticinco años. ¡A la mierda, eso sí que era un verdadero desperdicio!

Decidió acercarse al viejo e ignorar al otro, así se sentiría mucho menos acomplejado.

- Buenos días - saludó, tratando de sonar cordial.

- Buenos días muchacho - le respondió el viejo con voz gastada. - ¿Viene por el aviso?

- Ajá - asintió.

El viejo cabeceó pensativo. - Se mantiene en muy buena forma a pesar de la...

- ¿De la silla? Sí, me he cuidado. Siempre supe que comprar un autogimnasio no era una mala elección.

- No. No lo ha sido.

- Además - agregó - tengo un colchón de aire que impide que se me formen escaras.

Ambos se quedaron un momento en silencio, uno sacándose una pelusa de la ropa y el otro mirando la nada.

- ¿Por qué lo... - dijeron ambos al unísono.

El viejo sonrió y contestó primero.

- Hace ya dos años que me quitaron la jubilación. Estuve tratando de averiguar el por qué, pero nunca pude enterarme de nada. Usted sabe como son estas cosas. A uno lo joden sin derecho y después no puede ni protestar.

Jano vio que el otro los estaba observando. Trató de mirarlo a la cara, pero éste giró sus ojos, disimulando.

Unos segundos después, cuando iba a confiarle al viejo las causas que lo habían arrastrado a esta situación, apareció la secretaria. Por suerte, no se veía demasiado diferente a su imagen virtual. Quizá su busto fuese un poco más chico, pero seguía siendo irremediablemente sugestivo. Al verlo, llamó por el intercomunicador.

- El señor Standup ya está aquí - informó.

- Perfecto - dijo la voz desde el otro lado -. Que pase el primero.

Hizo señas al anciano. - Pase por aquí, abuelo.

- ¡Abuelo! - protestó el anciano. - ¡Yo no soy su abuelo, a lo sumo puedo ser su padre!

Jano acomodó su silla en un costado y se quedó mirando a la secretaria, esperando su turno.

Un rato después el viejo salía de la oficina, amargado.

- ¡No les sirvo porque se me hinchon las venas! Al final no me queda otra que morirme - se lamentó -. ¡Ya no aguanto ni un día más durmiendo en las calles y comiendo de limosnas!

- Es su turno - dijo la secretaria haciéndole un gesto con la cabeza. Tenía las manos muy ocupadas haciendo no se sabe qué en el tablero.

- Pero... El señor... - dijo señalando al muchacho atlético.

- ES SU TURNO, señor - repitió ella impacientándose.

Consternado, tomó el mando de su silla y sin decir más se dirigió hacia la oficina. Al entrar vio que era mucho más amplia y rica que la sala, tanto cualitativa como cuantitativamente. Las paredes estaban forradas de diplomas y pergaminos, todos enmarcados con el mismo tipo de borde de oro. Varios focos iluminaban a medias el ambiente, destacando en un rincón el holograma animado de una osamenta que giraba flotando a unos centímetros de la base. Lo hacía lentamente, posando siempre de la manera que mostrase mejor sus huesos, imitando a un descarnado fisicoculturista.

Detrás, una pantalla panorámica que cubría la pared de punta a punta dejaba ver la noche desde un acantilado costero.

- La verdad, así no me lo imaginaba - dijo una vocecita nasal desde atrás del escritorio, sobresaltándolo.

Un tipejo pequeño de barba rala pero prolijamente cortada y peinado engominado salió de la media luz que lo protegía y se adelantó hacia él. Vestía un traje costosísimo, de hilo verdadero, y en su solapa llevaba prendido el distintivo que indicaba su alto rango en el escalafón médico.

- Soy el Doctor Remigio González Ochoa, Director de este establecimiento - dijo mientras le daba la mano -. Por su informe supuse que se encontraría en mejores condiciones - dijo mientras le palpaba los músculos.

Por un instante un escalofrío recorrió su cervical y se sintió perdido, pero logró reponerse a la primera embestida descalificadora.

- No he dejado ni un día de hacer ejercicio.

- Se nota, se nota - dijo divertido el hombrecito, mientras se apoyaba en el borde del escritorio y entrelazaba sus manos. - Sus músculos están bien trabajados, pero no sé en qué estado se encontrarán las terminales nerviosas.

Replicó al instante, ahora ya preparado para responder cualquier cosa.

- En mi informe puse todo lo de mi enfermedad. En todo caso, en el archivo comunal, en mi historia clínica...

- Sí, ya la he leído detalladamente. Vea usted - hizo una pausa y se dirigió hacia el esqueleto. - ¡Detente! - ordenó, y la imagen cesó su giro. Apuntando con el extremo de la lapicera, le explicó. - El problema suyo es que no sabemos en qué tramo de su sistema nervioso está el inconveniente. Los hospitales públicos no tienen el instrumental necesario para saberlo. El daño puede estar por aquí - recorrió el espinazo con la pluma -, aquí - la nuca -... o aquí, en algún lugar de su cerebro. La cuestión es saber exactamente dónde.

- ¡Sigue! - y el holograma reanudó sus movimientos. Entonces volvió al lugar donde había estado antes, acariciando a su paso la madera lustrosa con la punta de los dedos. - Pero no se preocupe, le realizaremos de inmediato los estudios pertinentes.

Primero le sacaron una muestra sanguínea y le realizaron una tomografía computada de cuerpo entero. Luego lo desinfectaron y llevaron ante una compleja maquinaria, acostándolo sobre la camilla. Un sujeto alto y de mirada completamente profesional le bañó el cuerpo con una sustancia abstergente y le conectó cientos de electrodos, clavándole las agujas en el nervio de los músculos con la precisión de un cirujano. Aunque no las sentía en lo más mínimo, el sólo verlas desaparecer bajo la piel le produjo náuseas.

- Háganlo con cuidado - ordenó el jefe del equipo -, no queremos dañar la mercadería.

Una vez hecho esto, el hombre se dirigió a una consola y comenzó a manipular el teclado. Al instante, sus músculos comenzaron a moverse espasmódicamente, reaccionando a la descarga. El tipo de la consola le dirigió una mirada satisfactoria.

La Única Forma de Ser

Cibermundo Unlimited

- Bien - dijo el hombrecillo bien trajeado, nuevamente en su oficina -. Muy bien.

El esqueleto había desaparecido y en su lugar Jano vio una imagen tridimensional de su propio cuerpo desnudo. Nunca antes había podido observar la delicada y paradójica armonía de su musculatura.

- Ha hecho un buen trabajo con ellos, pero observe esto. Como dice el viejo chiste, tengo dos noticias para darle, una buena y otra mala. Le daré primero la mala.

A un mandato de su voz la piel desapareció, dejando las vísceras a la vista.

- Como puede ver, sus órganos están dañados irreparablemente. No creo que pueda sobrevivir por mucho tiempo, aún con los mejores tratamientos que podamos ofrecerle. Es una pena derrochar así sus extremidades.

Jano hizo un gesto desconsolado.

- ¡Pero amigo! - dijo el otro abriendo los brazos -. Aún no le he dado la buena. Repuestos, repuestos... eso es lo que mi empresa necesita. Y usted necesita vivir.

Hizo una larga pausa mientras caminaba de un lado al otro de la oficina, parándose delante del ventanal simulado para mirar la luna llena que crecía en el horizonte.

- Puedo proponerle un trato. El costo de lo que puedo ofrecerle es muy alto, pero eso puede solucionarse de varias maneras. Quizá tenga usted algunos bienes, los que de cualquier modo sólo le servirán en el corto plazo, si usted muere... Además - prosiguió -, tengo un amigo, un alto funcionario que quizá pueda brindarle un empleo, bastante cómodo si lo comparamos con lo que hay en el mercado.

Sacó un pequeño objeto de su bolsillo. Al apuntar sobre la pantalla, el control remoto trasmutó el paisaje en la imagen fija.

- ¿Sabe de qué se trata?

- Más o menos.

- Juegan un papel muy importante en la Comunidad. Aparte de esto, pueden dedicarse a lo que quieran. Usan el bitlespacio cómo y cuánto se les dé la gana. Juegan todo el día, se dedican a deportes... Hacen lo que quieren. El Estado se encarga de alimentarlos y mantenerlos en buena forma. ¿Pero sabe una cosa? Hay veces que se producen vacantes, pues algunos se cansan de esa vida. ¿No le parece ridículo?

Es obvio - pensó Jano -, observaron mi expediente hasta en el último detalle. Saben que me he pasado días enteros dentro de la computadora. Saben lo de mi intento de suicidio, de mi adicción, y que he perdido mi imagen virtual.

Volvió a apuntar con el control y la luna brilló nuevamente en la pantalla. Se dio media vuelta y lo miró de manera penetrante.

- Tómese su tiempo. Ahora - agregó - quiero que conozca a alguien.

Se dirigió al intercomunicador y la imagen de la recepcionista se mostró en la pequeña pantalla. - Hágalo pasar.

- Sí señor - respondió la joven obedientemente.

La puerta se abrió y el muchacho que lo observaba en la sala de espera entró a la oficina. El anfitrión se adelantó a saludarlo.

- ¡Mi querido señor Potranco, qué gusto el verlo!

- ¿El será el que...?

- Aún no lo ha decidido. Pero no se haga problema, le conseguiremos la pierna.

El muchacho miró a Jano, alarmado.

- No se preocupe - dijo González Ochoa para calmarlo -, el señor es de confianza, nunca diría nada. Ahora vaya y descanse, nosotros nos comunicaremos con usted cuando todo esté listo.

El hombre lo miró detenidamente durante un breve lapso y luego saludó con la cabeza y se marchó por donde había venido.

- Es el hijo del Embajador - dijo el doctor confidencialmente -. El pobre perdió la pierna en un accidente mientras esquiaba en Las Leñas. Yo estaría muy contento si alguna parte de mi cuerpo lo acompañara. Es un buen chico, muy sensible, y no quiere que nadie se entere de su pérdida porque cree que muchos de los amigos que tiene se alejarían al saber lo de un implante artificial.

Sonrió y se sentó en su mullido sillón forrado en cuero natural, tras el escritorio. Se reclinó y comenzó a hamacarse levemente mientras miraba el enorme anillo que brillaba en su anular izquierdo.

- Aunque quizá esté todo solucionado - dijo para sí mismo.

Los Mejores Momentos son Electrónicos

Cibermundo Unlimited

Un breve murmullo resonaba en lo más profundo de su mente, pero no le dio importancia. Siguió mirando las olas que por primera vez había visto en el lejano consultorio de su benefactor. El sol lo acariciaba con su cálida y sedosa mano acompañado por la sutil brisa marina. Se recostó boca abajo en la reposera y se puso a

juguetea con la arena seca que se le escabullía entre los dedos. Sintió sed y tomó el trago helado que estaba sobre la mesa, bajo la sombrilla. Bebió un sorbo y el gusto a frutas le refrescó la boca y la garganta. Así reconfortado, se levantó y marchó a quitarse el calor y el aburrimiento entre las olas atlánticas.

Allí estuvo un largo rato, a veces saltando y jugando con el agua, otras buscando piedras y caracoles bajo la superficie. Cuando se sintió cansado salió del agua y marchó hacia la cabaña, apenas visible entre las palmeras. Penetró en ella y, luego de darse una ducha a fin de quitarse la sal de la piel, se recostó desnudo sobre la amplia y cómoda litera. Estiró su brazo y puso a funcionar el ventilador de techo. Mientras observaba el apaciguado andar de las aspas, recordó la imagen que había visto en el consultorio del Instituto, cuando el doctor le mostró aquellos estantes llenos de cerebros. La Memoria de la Comunidad, el mayor biobanco de datos del mundo. El también estaba allí, en alguno de los nichos, y una parte de su mente estaría allí, manipulando archivos, legajos y cuentas bancarias, pero... ¿cuál era el problema?

Entonces sintió unos pasos que se acercaban por el blando camino de arena. Su programa del sensex preferido estaba desarrollándose a la perfección. La morena tendría algo más de dieciséis años y un cuerpo deslumbrante.

- Al fin lograste llegar a mí, picarón - dijo con la voz y la risa de los ángeles.

Se acercó a él y, luego de convidarle con un pequeño trozo de manzana, le besó la boca. Sintió sus labios perfumados y su lengua traviesa.

En la penumbra de la choza ella se quitó la levísima ropa que cubría sus formas y se inclinó sonriendo sobre él, poniéndole los pechos a la altura de su boca.

- ¡Ah... Esto sí que es vida! - pensó. Y se puso a jugar succionando, lamiendo, mordiendo suavemente, mientras sus manos recorrían las mejores partes del cuerpo de su acompañante a la vez que la penetraba.

FIN

Escaneado por Sadrac 2000